

LA MUERTE EN LA TEOLOGÍA DE J. L. RUIZ DE LA PEÑA

DRA. FELISA ELIZONDO
Instituto Superior de Pastoral
Madrid

I. UN ENIGMA CRUCIAL

Las primeras líneas de *El hombre y su muerte. Aproximación teológica actual* (Burgos 1971), son una glosa de *Gaudium el Spes*, donde el Concilio se hace eco del apasionado interés que suscita la muerte: "El pensamiento contemporáneo, en sus diversas manifestaciones, ha puesto de relieve la urgencia del problema antropológico: el hombre sigue siendo misterioso para sí mismo... y el momento privilegiado de ésta índole misteriosa es la muerte" (n. 18).

Esas palabras, colocadas en la Introducción de la tesis de doctorado, han venido a ser todo un programa. De hecho, a lo largo de más de dos decenios nuestro autor abordó ese momento crítico en el que, a juicio suyo, se anudan cuestiones decisivas de la antropología. Además, como era de esperar, ha abordado ese mismo trance en sus trabajos de escatología, uno de los cuales: *La Pascua de la creación*, ha aparecido después de su propia muerte.

Seguir, como intentaremos en este artículo, el tratamiento de este enorme tema es un modo de entrar en una veta profunda de su trabajo como teólogo. Y es encontrar, en un lenguaje sobrio, contenido, cargado de respeto cuando se enfrenta esa frontera, el timbre de voz del creyente sincero y humanísimo que fue Juan Luis Ruiz de la Peña.

Por otra parte, dado que fue ya en los años sesenta cuando inició su *meditatio mortis* con un estudio del tema en los pensadores y teólogos más representativos de nuestro tiempo, seguir sus trabajos coincide, en buena parte, con un recorrido por este siglo, que —como se recuerda en su

última obra— no sólo está marcado por la proliferación de muertes, y de muertes violentas, sino que se ha pensado mucho y bien sobre la muerte, de manera que el abundar de *las* muertes parece haber obligado a pensar en la muerte¹.

Que la muerte es inseparable de nuestra condición es una verdad que no necesita argumentación. Pero que la muerte sea la hermenéutica de esa misma condición ha sido puesto de relieve por pensadores recientes, que han entrado ese el enigma que no se puede obviar. A ese pensar, que no rehúye la interrogación y no banaliza la muerte, Ruiz de la Peña ha dedicado amplio espacio en sus trabajos de teólogo. Y ha reconocido en más de una ocasión que no es esa una aportación menor de nuestro siglo a una cuestión siempre inquietante.

En la línea de E. Morin, aun cuando no se identifique con otras afirmaciones del antropólogo francés, reconoce que la muerte es un tema insuprimible por ser inseparable de nuestra condición finita y, por ello, exigido a la hora de definir lo humano: "Es verdad —escribe—, que si hay algún dato antropológico sobre el que no puede haber duda, porque no es susceptible de manipulación o camuflaje, es el de la finitud. Ella representa la nota más abarcadora, el distintivo más infalsificable de la condición humana. Y de impedir su camuflaje se encarga la muerte, que representa la evidencia *física*, brutalmente irrefutable, de esa cualidad *metafísica* de la realidad del ser humano que llamamos finitud"².

1. "El hombre y su muerte", 1971

Esta primera monografía es una extensa exploración por el pensamiento filosófico reciente, y un recorrido inicial por el tratamiento que la muerte ha recibido en la teología tradicional, hasta llegar a las variaciones que ha conocido en decenios recientes. Presentada como tesis de doctorado en la Universidad Gregoriana, su director J. Alfaro, que prologó su publicación, señala que responde a "una voluntad de dialogar desde la teología con pensadores de diverso cuño que han jalonado nuestro siglo" y que su autor "se ha percatado de la enorme complejidad del tema teológico de la

¹ Cf. *La Pascua de la creación* (Madrid, BAC, 1996) 261-262.

² *Ibid.*, 261.

muerte, en el que convergen las cuestiones fundamentales de la cristología, de la antropología y de la escatología"³.

Ya en esta primera aproximación asoman puntos de vista y convicciones que veremos perdurar y afirmarse. Así la de que cuando la razón entra a indagar sin reservas sobre la muerte, se topa con temas de la mayor trascendencia: el sentido de la vida, el significado de la historia, los imperativos de la dignidad, la justicia y la libertad, la dialéctica individuo-sociedad. Todos ellos temas inseparables, sobre los que Ruiz de la Peña volverá más ampliamente al analizar el lugar de la muerte en el marxismo reciente.

Muy pronto advertirá que la indagación sobre la muerte se encuentra también con la posibilidad y la realidad de la esperanza, un tema "avecindado en sus aledaños", según su propia expresión. Y ya en este primer trabajo subyace la convicción de que la persona en su mismidad está involucrada en esta temática y puesta en cuestión por la amenaza radical del morir.

De ahí que a lo largo de la obra escrita por nuestro autor ésta realidad ocupe páginas importantes. Y que sea aceptada la carga de problemas que suscita. No podía ser minimizada, por supuesto, en sus trabajos de escatología; de hecho tampoco lo es, sino al contrario: está presente de manera significativa en sus planteamientos antropológicos. y en el diálogo con las diversas antropologías⁴.

Volviendo a este su primer libro, se puede encontrar en él, en primer término, un examen de la doctrina tradicional, la que ha acuñado la fórmula "separación del alma y del cuerpo". Y ya a este propósito se advierte que la muerte es un tema antropológico antes que escatológico, aunque haya sido ése su lugar en los tratados. Una observación que armoniza su tesis central acerca de la muerte como inseparable de la realidad humana.

Tras un recorrido por formulaciones tradicionales, en las que, a su juicio, se dejan abiertas cuestiones importantes, anota la impresión de "un

³ *El hombre y su muerte*, prólogo. También advierta de lo agudo de su crítica después de hacerse cargo del tratamiento del tema en los pensadores que analiza, y de la precisión y belleza de la escritura del autor, observaciones extendibles, a nuestro parecer, a todos los otros trabajos.

⁴ Cf. *Las nuevas antropologías* (Santander 1983) e *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental* (Santander 1988).

difuso y latente dualismo", en la medida en que, en el estado postmortal, la persona aparece reducida al alma sola. Una reducción que parece olvidar incluso la resistencia de algunos teólogos medievales a que lo humano-personal fuera absorbido o reducido a lo anímico: tal es el caso de Tomás de Aquino.

Ulteriores intentos de pensar la unidad de lo humano que Ruiz de la Peña ha realizado se pueden considerar espoleados por la necesidad de evitar esa insuficiencia antropológica que advirtió pronto.

En relación también con la manera tradicional de hablar está lo que él considera un olvido de la dimensión corpórea de la existencia humana, considerada, todo lo más, con tonos negativos. Con ello —advierte— "el suceso muerte resulta fatalmente banalizado y no se ve por qué afecte de verdad al hombre". Con esta consecuencia, "al ser rebajada la muerte en su categoría ontológico-existencial, se cierra el paso a su aceptación de su posible función positiva; se da por supuesto que es pura pasión, no acción; las anticipaciones premonitorias de su inminencia se pasan por alto, cosa que... también sucede con la radical objeción que ella propone al sentido de la existencia".

En esta primera crítica se reconoce la coincidencia con la observación de K. Rahner acerca del "docetismo de la muerte" que aquejaba a aquella manera "cristiana" de hablar que mencionaba la "salvación del alma" con más frecuencia que la "resurrección de la carne". Nuestro autor no oculta la extrañeza: "una vivencia tan auténticamente personal y tan universal como es la angustia ante la muerte —una angustia que es mucho más que el miedo físico o el instinto animal de conservación— no ha suscitado ningún eco profundo en la reflexión teológica"⁵.

Se explica, por tanto, el interés con el que Ruiz de la Peña ha leído y analizado muchas páginas de autores que han hecho del tema de la muerte, con toda seriedad, un lugar de cita. Porque sus respuestas resultaban insatisfactorias en este clima intelectual, el del siglo el que vivimos, resultaba obligado aceptar la interpelación desde otras instancias y proceder a una renovación. Así, en los otros dos tercios de este libro el autor inicia esa doble tarea.

Antes de entrar propiamente en una filosofía de la existencia, que le resulta interesante justamente por haber centrado así su mira, Ruiz de la

⁵ *El hombre y su muerte*, 62ss.

Peña se detiene en M. Scheler, porque representa "la transición de una filosofía de la inmortalidad a una filosofía de la muerte". Acto seguido pasan por sus páginas: Heidegger, Jaspers. Sartre y Marcel. Este repaso le lleva a la conclusión de que la filosofía de la muerte constituye la mejor propedéutica para el tratamiento teológico del tema.

A propósito del lugar de la muerte en esta filosofía, reconoce que en ella se realiza una transposición del plano del problema al del misterio y que, a partir de ahí, se da la disyuntiva, pues aceptar que la muerte es más que un problema especulativo obliga, o a refugiarse en la teoría del absurdo, que no arroja ninguna luz, o a aceptar luces de otra procedencia: "los más agudos análisis especulativos —afirma después de examinar la objeción de Sartre a Heidegger— pueden, sí, medir la abismal profundidad de una existencia cuya hondura es testificada por la muerte, pero no pueden iluminarla".

Y después de haber seguido con atención la apelación a un trascender en Jaspers, anota que la llamada existencialista invita al hombre a que se atreva a ser persona, le advierte que sólo lo será si tiene el valor de ir con los ojos abiertos al encuentro de la muerte. Pero abre una pregunta: "A quien tanto se le exige ¿puede dársele a cambio la sola promesa de una trascendencia intramundana (que a la postre es intrascendencia) o de una cifra indiscifrable, o de un absurdo?"⁶.

La pregunta se repite, como veremos, ante las posiciones de Bloch en el área del marxismo humanista. De ahí que el autor entienda que hay que entrar en otro horizonte, el de la teología, que a su vez debe dejarse cuestionar por interrogaciones bien pertinentes.

El tramo final de *El hombre y su muerte* pasa revista a autores que han tratado el tema ya en la teología reciente: de Barth a Thieliicke pasando por Brunner y Althaus en el seno del protestantismo, donde se ha dado —advierte— un fenómeno parecido al del movimiento existencialista. Así la "teología dialéctica" tiene coincidencias con las tesis de Heidegger y Jaspers, y ha estado marcada por los momentos en que la muerte ha dejado una marca terrible en este siglo.

De esa teología valora el que haya acentuado enérgicamente el carácter misterioso del ser humano y haya reivindicado la esencial corporeidad contra los dualismos que duraron demasiado. Reconoce asimismo la

⁶ *Ibid.*, 115-116.

seriedad e importancia que allí se atribuye a la muerte (Althaus y Brunner) y a su presencia en la vida, su carácter personal y su valor religioso (su teologalidad).

Ahora bien, sin disminuir los logros de una teología que para mientes en la temporalidad y lo personal-dialógico de la existencia, que se muestra reticente respecto de la supervivencia "naturalmente" pensada, Ruiz de la Peña nota que esta teología presenta zonas de sombra que plantean nuevas preguntas. Nos interroga, por ejemplo, la afirmación de la "muerte total" (interrogación en la que insiste más adelante), y encuentra que no se ha adentrado suficientemente en el morir como acto "personal", como posibilidad ante la que maduran actitudes profundamente humanas, lo que no deja de ser de interés para una antropología que no quiera ignorar la presencia de la muerte en la vida.

Entrando finalmente en el campo católico, donde en los años cincuenta se empezó a reconsiderar a fondo el tema, advierte el influjo de pensadores como Teilhard de Chardin, Mersch y Hegstenberg, que ya anteriormente habían abordado con cierta originalidad la cuestión. Y son los trabajos de M. Schmaus, y más que nada los de K. Rahner, los que centran su atención. Valora la sensibilidad del primero por la atención que presta a la angustia ante la muerte, una "muerte velada" que preludia la otra. Pero es sobre todo K. Rahner el autor que, en la apreciación de nuestro autor, ha entrado a desentrañar la significación teológica del morir.

De *El sentido teológico de la muerte*, aparecido en 1957, Ruiz de la Peña estima su coherencia con la antropología del mismo autor, y el hecho de que haya acusado recibo de la meditación de filósofos y poetas sobre un tema que afecta decisivamente a la existencia. De la reflexión del teólogo alemán valora además el espacio dedicado a caracterizar el hecho como pasividad y actividad; que se hable de la muerte como de lo que afecta al hombre entero; que no se eluda su "extrañeza" pese a ser suceso natural, y que se señale su "encubrimiento" en la vida.

Y como veta importante a proseguir en teología se apunta a la vinculación del morir de cada ser humano con la muerte de Cristo, y al esfuerzo del teólogo alemán por encuadrar el hecho en el "existenciario sobrenatural".

Quedan pendientes, pese al esfuerzo rahneriano, cuestiones sobre las que la reflexión tiene que volver. Y se señalan entre otras: cómo entender lo que Rahner denomina como "espíritu personal" o "existencia personal"

tras la muerte, y la problemática hipótesis de una "pancosmicidad del alma". Una y otra cuestión retornan en trabajos posteriores de Ruiz de la Peña, tanto en el contexto del problema alma-cuerpo como en la discusión sobre el "estado intermedio," temas ambos que tienen clara relación con el morir, y que presentan particulares dificultades para nuestra mentalidad⁷.

El recorrido por la teología concluye con un elenco de cuestiones pendientes que, igual que decíamos de las planteadas por Rahner, encuentran espacio en su producción ulterior. Y el repaso, un recorrido amplio, por el existencialismo, la teología protestante y la teología católica se cierra con una síntesis/conclusión donde se habla de una "tácita apelación a la teología" por parte de la filosofía y de la necesidad de una teología que no sobrevuele los aspectos negativos de la muerte, que hable de la existencia como condición itinerante y del morir como "fin que entraña la definitividad cobrada, la conquistada compleción de la persona". Una realidad, en fin, vencida por Cristo, en el que la angustia del aniquilamiento se transforma en esperanza de resurrección⁸.

Cuando, pasados los años, releemos esos *desiderata*, no se puede menos de reconocer cómo Ruiz de la Peña se ha esforzado por llevar adelante el programa que avistó con agudeza ya en esos primeros momentos, y los logros que hay que anotar bajo su nombre.

2. "Muerte y marxismo humanista", 1978

"El *logos* sobre la muerte, si es algo más que constatación de su facticidad, es a la vez discurso sobre la finitud del hombre, esto es, sobre la nota más abarcadora, sobre el distintivo más infalsificable de la condición humana". Esta afirmación, que aparece en términos equivalentes en algún otro lugar, como veremos, abre el estudio del problema de la muerte en los neomarxistas.

Implicada como está con la individualidad —"olvidar la muerte es olvidarse", ha sentenciado E. Morin— la cuestión sobre el morir y el sentido de la vida ha ido abriéndose paso en la "corriente cálida", es

⁷ Cf. *Imagen de Dios*, c. III y *La otra dimensión* (Santander 1986) c. XI.

⁸ Cf. *El hombre y su muerte*, 384-392.

decir, en el marxismo que no se desentiende pronto de lo personal de la existencia.

Nuestro autor examina el nuevo clima del problema en autores que, sin dejar de considerarse marxistas, se distancian de algún modo del recurso, más clásico, a la supervivencia metaindividual en el Espíritu hegeliano, o de la aceptación de "la dura victoria de la especie sobre el individuo" (Marx). Y pasa revista en este trabajo a las posiciones de Schaff, Kola-kovsky, Gardavsky, Machovec, Bloch, Garaudy, Morin y Adorno.

Es sabido que una inmortalidad de la especie intenta contrarrestar en el pensamiento marxista lo innegable del morir individual. A riesgo de decaer desde posiciones humanistas hasta un nivel naturalista, según una crítica de Martelet que Ruiz de la Peña asume. Como ése crítico entiende que pretender resolver todas las cuestiones sorteando precisamente la que las engloba, resulta altamente incongruente. De hecho, la sospecha de que la humanidad como sujeto no abra espacio suficiente al individuo en ése esquema, ha aparecido al tiempo que se despierta en los neo marxistas la interrogación acerca de la muerte.

Y nuestro autor ha analizado el modo como asoma la problemática en esos pensadores, que, de alguna manera ponen de relieve la denuncia del propio Marx de que la muerte no es sólo el término de la vida que a todos afecta, sino también una privación violenta impuesta por la fuerza a una parte de la sociedad. Una constatación que puede asociarse —lo advierte así— a la conocida acusación marxiana contra los filósofos, dedicados a interpretar el mundo pero no preocupados por transformarlo.

También en descargo del silencio de Marx sobre el tema, recalcado una y otra vez, Ruiz de la Peña alude al *pathos* mesiánico y a la preocupación primera de abrir una nueva era para la humanidad que alienta en el filósofo. No le niega un central interés por el hombre si bien, reconoce, el humanismo marxiano está fuertemente condicionado por los límites de su antropología⁹.

De entre los neomarxistas, es Bloch el que le merece mayor atención. El autor de *Der Geist der Utopie* (1918) y *Das Prinzip Hoffnung* (1964) ha venido siendo un interlocutor casi habitual en los sucesivos trabajos de Ruiz de la Peña. Así empieza reconociendo que las páginas de *Das Prinzip Hoffnung* y las de *Atheismus im Christentum* muestran que su autor ha

⁹ Cf. *Muerte y marxismo humanista*, 33-35.

aceptado el reto de una antropología de la muerte. Bloch ha hablado del carácter anticipativo y terrible de la muerte, de lo que representa de amenaza para nuestros mejores sueños, de su rostro "pavoroso", porque en ella radica: "la ruina de la forma, la bancarrota del yo", según sus propias expresiones.

También ha aceptado lo que de dignidad hay en "las imágenes del deseo", en el *non omnis confundar*, que subyace en las interpretaciones religiosas y seculares del hecho.

Pero Ruiz de la Peña muestra también su extrañeza ante la tesis esbozada por el filósofo de la "extraterritorialidad" del núcleo humano, que escaparía así a la nada letal. Prefiere lo inconcluso —también para el propio Bloch— de una "patria de la identidad" de la que no se ha llegado a eliminar la muerte. Y reconoce que hay bastante de voluntarismo en la *spes* blochiana, sin que tampoco llegue a clarificarse en aquel pensar si es o no un sujeto transindividual el beneficiario de la ya problemática "inmortalidad".

Con todo, su lectura de Bloch concluye valorando lo que significa una obra como la suya, que abre un haz de problemas al ensanchar el horizonte de un pensamiento que sigue considerándose marxista¹⁰.

Otra posición examinada es la de Garaudy. En sus obras: *Del anatema al diálogo* y *Marxismo del siglo xx*, Ruiz de la Peña encuentra un anhelo de trascender y de trascenderse que rompe con la más común inhibición del pensar marxista. Ahora bien, reconoce que, al igual que ocurre con Bloch, "el término 'trascendencia' recibe una interpretación inusual en la tradición filosófica, que recorta drásticamente su alcance"¹¹.

En torno a la llamada "primavera de Praga", que representó un momento aperturista en el marxismo están los nombres de Machovec y Gardavsky, que han coincidido en atender al gran hiato de la muerte, a su grave cuestionamiento del sentido. En uno y otro reconoce el autor un respeto para aquello que resulta inextinguible en el corazón humano. Si bien —señala— se asiste de nuevo a cierta "suspensión de juicio" que ellos parecen realizar antes de verse abocados a la cuestión de la Trascendencia, y de Dios en definitiva.

¹⁰ Cf. *ibid.*, 71-74.

¹¹ Cf. *ibid.*, 109-110 y 116-117.

Y su conclusión viene a ser que, aun aceptando que en esos pensadores no falta honradez para enfrentar cuestiones "mortalmente serias", que están en juego en torno a la muerte (la moral, la no renuncia a la individualidad), también en ellos la salida resulta decepcionante. Porque concluyen en una "pancosmicidad" que quiere conjugar el materialismo militante y cierto patetismo místico¹².

Pese a ese embargo del materialismo reconoce Ruiz de la Peña que en un autor como Machovec queda latiendo la idea de un Gran Todo y una superhumanidad ultraterrestre, ideas que vuelven a aparecer en otro autor, esta vez del área occidental: Edgar Morin.

La obra de este antropólogo *El Hombre y la muerte*, que él mismo ha reeditado con variaciones notables, expresa ya en su título la preocupación por el tema, reconocido como el más humano. Situada en el umbral bioantropológico, como él mismo lo afirma, la muerte es para Morin "el rasgo más humano del *anthropos*" y el saber de la muerte representa una ruptura respecto del animal que es mucho más sorprendente que el utensilio y el cerebro y el lenguaje¹³.

En su crítica, Ruiz de la Peña muestra lo desconcertante de la "amortabilidad" postulada por Morin como posible solución, ya que la idea y desde luego los apoyos que reclama de una ciencia altamente avanzada, y que es un futuro, resultan bien problemáticos. Un optimismo de la especie campea, a su juicio, sobre páginas que el antropólogo consagra al "bionauta" que avanza desde hoy por "el camino hacia el más allá, hacia el azar, la incertidumbre y la muerte".

Después de este recorrido —que abarca también a las posiciones de Schaff y Kolakovsky— Ruiz de la Peña señala que es un desencanto, más o menos abiertamente confesado, lo que queda, y lo que estos pensadores no logran superar. Un desencanto que se explica por lo testarudo de una cuestión que, o bien se mantiene irresuelta, o bien se la resuelve a costa del individuo.

Y su conclusión podría sintetizarse así: el marxismo humanista no ha resuelto una cuestión clave: no ha llegado a elaborar una "teoría de la personalidad" consecuente con la conciencia de la propia individualidad,

¹² Cf. *ibid.*, 138.

¹³ Cf. E. Morin, *El hombre y la muerte* (Barcelona 1974) 9-12, 34.52. Esta traducción responde a la 2ª edición francesa en la que el autor introdujo unas "segundas conclusiones".

que asoma con fuerza a propósito de la muerte: "Devolver la individualidad al seno/nutricio de la sociedad, de la *terra mater*, de la nada omnipotente y abismal, es exiliar la razón, llamada en causa en los confines del mito" ¹⁴.

Pese a lo insatisfactorio de la apelación a una "trascendencia" intramundana o a un *processus in infinitum* en estas posiciones, Ruiz de la Peña señala que en este tramo del pensamiento se avanza hacia una cierta recuperación del individuo y de la trascendencia. Se vuelve a hacer cuestión del sentido de la vida al aceptar lo enigmático de la muerte. En suma, entiende que a través de esos intentos se pone de manifiesto lo que Adorno y Horkheimer han reconocido como un pensamiento que no se decapita, cuando reconoce "la nostalgia de lo absolutamente otro" ¹⁵.

De ahí el párrafo con que se cierra el libro: "Si el marxismo explora lealmente las 'tendencias y latencias' de sus propias certidumbres, estimulado por la buena noticia cristiana, será más hacedera la esperanza en una salvación del hombre y, con él, de todo lo humano".

3. "*La pascua de la creación*", 1996

Tras una obra más breve: *El último sentido*, publicada en 1980, el tema de la muerte es abordado, ya en un contexto más propio del autor, en el tratado de escatología que lleva por título *La otra dimensión*, salido a la luz en 1986.

Diez años más tarde, y con carácter póstumo, se ha publicado una edición actualizada, y en buena parte revisada, con el título de *La Pascua de la creación* ¹⁶.

Se pueden considerar estas páginas un último tramo —todavía abierto, como pensó siempre el autor de estas y otras grandes cuestiones— de aquella *meditatio*, iniciada en la tesis de doctorado. Han sido revisadas y completadas en los meses que precedieron a su propia muerte y en ellas se vuelve a recordar que, antes que tema de la escatología, el de la muerte lo es de la antropología, sin más. Y no se desdice, sino al contrario, de

¹⁴ *Muerte y marxismo humanista*, 194-195.

¹⁵ Cf. *ibid.*, 194-197.

¹⁶ Cf. *El último sentido* (Madrid, Marova 1980); *La otra dimensión* (Santander, Sal Terrae 1986); *La Pascua de la creación* (Madrid, BAC, 1966).

que sigue siendo "uno de los más cruciales a la hora de ensayar una hermenéutica de la condición humana" ¹⁷.

Junto con esas convicciones, vuelven también los párrafos que GS dedicó al tema reconociendo su carácter enigmático y lo enigmático del ser humano que es un ser que se sabe mortal. Y se citan unas líneas de E. Trias donde se expresa una vez más, la grave sospecha de que nuestro existir sea "ir de la muerte a la muerte pasando por un simulacro de vida".

Cuando se leen estas últimas páginas, es fácil evocar la lectura paciente, hecha años atrás, que permitió al autor conocer la aportación y los límites de las filosofías contemporáneas que han encarado el tema. Y se puede rastrear el trabajo que Ruiz de la Peña ha realizado siguiendo el largo intento de la teología por iluminar este lado oscuro de la condición humana, aceptando el reto que desde ahí llega a la fe y a la esperanza cristiana.

Así, cuando escribe después de haber considerado la interrogación de Job: "El discurso antropológico se queda mudo ante la muerte, que es muda y hace mudos. Si Job no se deja acallar por ella, si Israel terminó descubriendo en su abismal oscuridad algo más que el 'olvido' y el 'silencio' de sus primeras aproximaciones al tema, eso ha sido posible porque el horizonte último de la entera cuestión estaba dominado por una antigua palabra: 'Yo seré vuestro Dios'" ¹⁸.

También en este último estadio se reafirma —lo hemos advertido desde el principio— que en la muerte se hace patente la finitud, rasgo esencial de lo humano, imposible de ignorar por ser insuprimible e inmanipulable. Un rasgo que ha sido puesto de relieve —el autor lo sigue reconociendo— contra la tentación de trivializar la muerte en una antropología idealista ¹⁹.

Después de decenios dedicados a la antropología encontramos también la anotación de que "en fin, la pregunta sobre la muerte es una variante de la pregunta sobre la persona, sobre la densidad, irrepetibilidad y validez absoluta de quien la sufre". Y ello porque ahí se plantea lo irrevol-

¹⁷ *La Pascua de la creación*, 246.

¹⁸ *Ibid.*, 87.

¹⁹ *Cf. ibid.*, 269.

vable e irreversible de cada ser humano²⁰. Una consideración que viene rodando desde el examen de las posiciones del marxismo reciente a que nos hemos referido.

En un último balance se hace explícito reconocimiento de los límites de la razón ante ese enorme enigma. Una aceptación de la que no le han disuadido múltiples lecturas y discusiones. Ruiz de la Peña no ha querido ahorrar términos duros para expresar la oscuridad y el dramatismo que rodea a la muerte. Para no restar seriedad al que es un trance grave del vivir y del pensar humanos. Ante ese hecho ineluctable, advierte, el espíritu oscila indefinidamente entre dos polos: la necesidad de la muerte y la necesidad de una victoria sobre la muerte. "La razón —prosigue— por sí sola no alcanza a despejar esta torturante ambigüedad, porque una y otra vez se da de bruces con el espesor del hecho opaco, compacto, impenetrable, del tener que morir sin poder *ver* qué hay detrás, —si es que hay algo— de la muerte".

Lo que resta —y se dice con subrayado— es la esperanza. Que no sería posible si fueran certezas irrefutables la aniquilación o la sobrevida: "La esperanza es posible justamente porque ninguna de las alternativas se impone categóricamente sobre su contraria. Junto a la esperanza, y suscitada por ella, resta también la trascendencia (...) Con ella se expresa ahora el anhelo de un *non omnis confundar*; el voto de que el núcleo auténtico de lo humano rebase la bruta facticidad de la realidad en su figura actual y no se volatilice para siempre con la muerte del sujeto; la confianza de que, a la postre, el Ser prevalecerá sobre la Nada"²¹.

Una conclusión que habíamos visto esbozada ya en el examen de los pensadores existencialistas.

II. EPÍLOGO

No es posible entrar más detenidamente en otras cuestiones que se implican en la de la muerte y que son objeto de atención al tiempo que de aquella se trata. En una síntesis final, que reúne muchos caminos andados (por las diversas antropologías, la exégesis de la Escritura, la antropología

²⁰ *Ibid.*, 263.

²¹ *Ibid.*, 263-265.

teológica, la cristología...), el autor funde la cuestión de la muerte con las del sentido de la vida, la pregunta por el significado de la historia, la de la vigencia de los imperativos éticos y la del ensamblaje de presente y futuro. Son esas otras tantas dimensiones del problema, siempre tenido por crucial²².

Nosotros anotaremos para terminar que aquí también, en *La Pascua de la creación* el teólogo ha seguido afirmando la conexión de la muerte de cada ser humano con la de Cristo, llevando así la comprensión del morir desde un prevalecer del límite hasta un entenderlo como tránsito hacia el cumplimiento, como *condición de posibilidad de la salvación*²³.

Nos queda señalar que en el tratamiento del tema, concluido apenas en los últimos meses de la vida, ha revertido una trayectoria en la que destaca la conversación ininterrumpida con pensamientos y posiciones bien diversas. En estas páginas están presentes, con peso decisivo, las fuentes cristianas, traídas con tanta lealtad como actualidad. Se hacen perceptibles las horas que el autor dedicó al dinamismo de la esperanza y el afirmarse progresivamente de la fe en la resurrección en la historia bíblica.

Y en los últimos párrafos dedicados al tema se percibe también el acento de una confesión. La de un creyente que encuentra en el humanísimo trance de la muerte la presencia, aunque velada, del Dios creador de todo y que conduce toda la creación, a través de esa pascua, hasta la Vida sin muerte. Si no, basta leer este párrafo que reproducimos en su memoria:

Allí donde la muerte es vivida como tránsito y no como término, con confianza y no con desesperación (aunque bien podría ser una confianza oscura y asediada por la angustia), allí está —séparse o no— la gracia... Sólo la fe puede intuir un tránsito en lo que, según todas las apariencias, es un término; sólo la esperanza puede remontar la desesperación ante la angustia del no-ser-más; sólo el amor puede dar la vida, no como derroche inútil o como pérdida trágica y absurda, sino como entrega con sentido y conquista de una definitiva plenitud²⁴.

²² Cf. *ibid.*, 262ss.

²³ Cf. las páginas breves y densas que llevan como título "Teología de la muerte", en *La Pascua de la creación*, 265-268.

²⁴ *La Pascua de la creación*, 267-268.